

nadie sabía á qué atenerse. Personas que abrigan en el fondo los mismos sentimientos, se veían separadas por malas interpretaciones y se trataban como enemigas. Los católicos no contaban como suyos á los semiarrianos, y, sin embargo, éstos eran perseguidos por los anomeenos. Las fórmulas de los semiarrianos habían prevalecido bajo la presión de los decretos imperiales, y, sin embargo, eran menospreciadas, y la mayor parte de sus autores habían caído en desgracia de la Corte. Por todas partes venía la voluntad arbitraria de la autoridad civil.

La institución sinodal misma estaba desacreditada por la manera tan funesta como dispndiosa con que el Emperador convocaba sin cesar nuevos Concilios. Los perseguidores de la Iglesia no eran ahora enemigos exteriores sino sus propios hijos. La apariencia oficial era completamente contraria á la realidad efectiva, y «el universo, dice San Jerónimo, se asombró de verse arriano». Sin embargo, el número de los arrianos no excedía al de los católicos; los romanos y alejandrinos estaban íntimamente unidos á la fe de Nicea. En Rimini y Selencia los Obispos sólo fueron obligados á dar su asentimiento exterior, y muchos lo revocaron en seguida.

Un Concilio celebrado en París, de 360 á 361, anatematizó á los Obispos arrianos. El pueblo pensaba como los católicos, por más que se le predicase en el sentido del arrianismo; de suerte que, según la palabra de San Hilario, «los oídos del pueblo eran más santos que el corazón de sus sacerdotes». La fe de Nicea no tenía en Occidente sino un número relativamente corto de adversarios, y allí, como en Oriente, contaba con ilustres apologistas; también la intervención de una Corte sin energía y sin carácter contribuía á aumentar la perturbación. El disgusto y la desesperación arrastraron, no solamente al violento Lucifer de Cagliari, sino también á San Hilario á usar contra Constancio de las más atrevidas expresiones, á insultarlo como infame tirano, seductor, verdugo, á compararle con las bestias feroces y con los Emperadores paganos. Tan anormal situación no podía prolongarse demasiado, y cuando la muerte arrebató á Constancio (3 Noviembre 361), el arrianismo marchaba á grandes pasos á su ruina.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 67.

La situación está perfectamente descrita por Rufino, X, 21 Descripción de la institución sinodal, Amm. Marcellin., lib. XXI, cap. vi; Hilar., Fragm., III, Op. his., II, 25. Las célebres palabras de San Jerónimo, Cont. Lucif., n. 19 (Vallars., II, 191, ed. Ven., 1767), son comentadas muy bien por L. Thomassin, Diss. y in syn. Arim., § 1, p. 109 y sig.; Hilar., Contra Auxent., lib., n. 6. Concilio de París, Mansi, III, 358; Hefelé, I, p. 702; Hilar., ad Const. et adv. Const., Op., II, 422-460; Reinkens, p. 234-245; Lucif. Calar.: 1.º, De regibus apostaticis, 358; 2.º, Mo-

riendum esse pro Filio Dei, 361; 3.º, Ad Constant., libri II, 360; 4.º, De non pariendo delinquentibus in Deum. (Op. Bibl. Patr. max., IV, 181 y sig., ed. Coleti, Venecia, 1778, in fol.)

Extinción progresiva del arrianismo en el Imperio romano.—Reinado de Juliano.—Concilio de Alejandría.—Cuarto destierro de Atanasio.

68. Bajo Juliano, que llamó en 362 á los Obispos desterrados y prometió igual tolerancia á todos los partidos, la victoria de la Iglesia fué tanto más completa cuanto que no necesitó del auxilio imperial: le bastaba tener desarmado al enemigo. Los semiarrianos, á quienes muchos ortodoxos consideraban ya como hermanos, pensaban cada vez más en conformidad con los católicos, mientras que los acacianos ú omoianos se aproximaban abiertamente á los anomeenos. Muchos Obispos y fieles rechazaron la fórmula de Niqué. Atanasio, vuelto del destierro, celebró en 362 un Concilio en Alejandría que facilitó la conversión de los que deseaban reunirse á la Iglesia católica. Los Obispos y sacerdotes que no habían sido jefes del partido arriano, y á los cuales sólo la violencia había arrojado en el campo de la herejía, y que ahora se mostraban dispuestos á firmar el símbolo de Nicea, fueron recibidos á comunión y admitidos en las filas del clero. Había además diferencia en los términos teológicos que empleaban: unos, como Marcelo, enseñaban una sola hipóstasis en la Divinidad, otros tres; los primeros entendían la hipóstasis en el sentido de naturaleza y de sustancia, mientras que los segundos la tomaban en el de persona, que fué lo que prevaleció más tarde; por esto la aclaración recayó sobre el fondo de la doctrina admitida por ambos partidos con referencia á la Trinidad consustancial y á las tres Personas divinas.

Los decretos de Alejandría, escritos bajo la inspiración de Eusebio de Verceli y de Atanasio, fueron enviados á Antioquía y aprobados por el papa Liberio. San Atanasio desplegó prodigiosa actividad, y vióse en Alejandría, bajo el reinado mismo de Juliano, entrar muchos idolatras en el seno de la Iglesia. Pero pronto la cólera del Emperador estalló contra él, y hubo de resignarse Atanasio al cuarto destierro, que no debía ser el último. San Atanasio predijo que no tardaría en disiparse esta ligera nube. Huyó en un barquichuelo, eludió por medio de la astucia la persecución de los navios del Emperador, y permaneció oculto en Alejandría ó sus alrededores hasta la muerte de Juliano, el cual conocía su mérito, y llegó á escribir cartas contra él. En Constantinopla, Eudoxio trabajó á favor de los arrianos, y pudo presenciar el espectáculo de la nueva Roma manchada con los sacrificios de los ídolos. Juliano era fa-

vorable á los anomeenos, y especialmente á Aecio, que recibió, así como muchos de sus adeptos, la dignidad episcopal.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 68.

Athan., De syn., cap. xli; Ep. ad Rufin., Tom. ad Antioch.; Naz., Or. xxi, n. 31, 35; Basil., Ep. xxxviii; Rufin., X, 27 y sig.; Theod., III, 5, 9; Sócr., III, 7, 11; Soz., V, 2; Amm. Marcellin., lib. XXII, cap. v, 9; Julian., Ep. vi, xxvi, 51; Philost., VII, 5 y sig.; IX, 4; Hard., Conc. IV, 58; Hefelé, I, p. 703 y sig.; Mähler, Athan., p. 569, primera edicion.

Joviano.—Eudoxio bajo Valente.—Concilio de Lampsaco.—Persecuciones de Valente.

69. Joviano llamó de nuevo á San Atanasio, le pidió una exposicion de la fe ortodoxa y permaneció insensible á todas las quejas de los arrianos. Afecto personalmente á la Iglesia, otorgó la libertad religiosa á todos los partidos. Muchos herejes aceptaron entonces por politica el simbolo de Nicea, especialmente Acacio de Cesárea en un Concilio celebrado en Antioquia bajo la presidencia de Melecio (363). Sin embargo, se dió allí esta explicacion inexacta del *omousion*: «El Hijo ha nacido de la esencia del Padre, y le es semejante en cuanto á la esencia.» Eudoxio, Obispo de la ciudad imperial, se hizo más reservado con respecto á sus amigos Aecio y Eunomio, los cuales, queriendo suplir la falta de iniciativa de éste con su accion personal, riñeron con él y llegaron hasta nombrar sustituto suyo á Pemenio. Pero Eudoxio alcanzó influencia considerable cuando despues de la muerte súbita, violenta acaso, de Joviano (16 de Febrero de 364), el nuevo emperador Valentiniano transmitió á Valente, su hermano, la soberanía de Oriente. Eudoxio, que había bautizado á este Emperador y le había ganado á la causa del arrianismo, le impulsó más y más á perseguir á los católicos.

Los semiarrianos entre tanto habían recobrado su energía; abrieron en 365, en Lampsaco, bajo la presidencia de Eleusio de Cizico un Concilio que rechazó la condenacion pronunciada contra sus partidarios en 360, en la ciudad imperial, así como la fórmula de Niqué, empleada en él; aprobó el simbolo compuesto en Antioquia en 341 y la opinion de semejanza de sustancia entre el Hijo y el Padre, y depuso á Eudoxio y Acacio, el cual había vuelto al arrianismo. Estas resoluciones hallaron muchos partidarios, sobre todo en Helesponto; Valente, por el contrario, exigió á los enviados del concilio de Heraclea que permaneciesen en comunión con Eudoxio, y rehusándolos ellos, les hizo arrojar de sus sillas, que dió á los eudoxianos. La misma suerte cupo á otros semiar-

rianos, pero principalmente á los católicos, á quienes fueron arrebatadas las iglesias, y se les causó todas las vejaciones imaginables. En 366 Valente hizo celebrar á presencia suya un concilio en Nicomedia con objeto de robustecer al arrianismo. Eleusio de Cizico fué obligado con amenazas á entrar en comunión con Eudoxio; pero vuelto á su residencia, se retractó y quiso abdicar. Los fieles que le eran adictos se opusieron á ello. Fué expulsado por Valente, y Eunomio quiso ocupar de nuevo esta silla; pero los fieles le obligaron á volver á Constantinopla.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 69.

Sócr., III, 25; Theod., IV, 2 y sig.; Soz., VI, 4; Philost., VIII, 2; IX, 3 y sig.; Athan., Ep. ad Jov. y syn. Ant.; Mansi, III, 366, 370; Hefelé, p. 709; Theod., IV, 11 y sig.; Soc., IV, 1 y sig., 9, 12; Soz., VI, 7 y sig.; Theoph., p. 85, 89 y sig.

Último destierro y muerte de San Atanasio.

70. Los semiarrianos fueron rechazados por los acacianos, que tan pronto habían cambiado de creencia, y perseguidos por Valente. Reunieron en el Asia Menor diferentes Concilios, donde resolvieron pedir socorro á los occidentales, que tenían un Emperador católico en Valentiniano I, y aproximarse á la Iglesia romana. Sus delegados, los obispos Eustato de Sebaste, Silvano de Tarso y Teófilo de Castabalea, no encontraron al Emperador, que había partido para la Galia, y el papa Liberio, que los creyó arrianos, rehusó recibirlos. Cuando fueron admitidos, presentaronle una profesion de fe que reproducía enteramente la de Nicea y vindicaba el término *omousion*. Liberio los recibió entonces á la comunión eclesiástica, escribió á los orientales, de quienes eran representantes, para manifestarles cuánto se regocijaba por su conversion, y les invitó á anunciarla á todos los fieles de Oriente.

Los delegados celebraron un Concilio con los Obispos de Sicilia para consolidar la fe de Nicea. Despues de su regreso á la patria, se celebró en Tyana, ciudad de Capadocia, un Concilio el año de 367; allí dióse lectura de los documentos y se decidió la convocacion de un gran Concilio en Tarso. Valente se opuso á ello por instigacion de Eudoxio. Muchos Obispos católicos fueron desterrados, especialmente los que habían sido depuestos en tiempo de Constancio, y la fe católica tuvo de nuevo sus mártires, sobre todo en Constantinopla y Antioquia. Los monjes se señalaron entre todos por su adhesion á la fe de Nicea. En Antioquia Valente hizo ahogar á muchos católicos en el Orontes, y expulsó á Pelagio de Laodicea y Eusebio de Samosata. Este último anduvo errante

á través de Siria y Palestina, disfrazado de soldado, y consagró á muchos sacerdotes católicos, mientras que sus ovejas gemían por la ausencia de su pastor y huían de la comunión de Eumeno, Obispo arriano. En Alejandría se trataba de conservar á Atanasio; pero Eudoxio obtuvo contra él un decreto de destierro. El santo Obispo se alejó sin ruido, y permaneció oculto en el monumento fúnebre de su familia. Los alejandrinos hicieron oír sus amenazas, y el Emperador, temeroso de consecuencias funestas, se vió obligado á llamarle del destierro al cabo de cuatro años. Desde entónces Atanasio gobernó tranquilamente su Iglesia y murió el 2 de Mayo de 373, en edad avanzada. Fué una de las columnas de la ortodoxia y el centro intelectual de los católicos de Oriente.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 70.

Sócr., IV, 9, 12, 13, 16; Soz., VI, 11, 12, 14; Theod., IV, 12 y sig., 24; Athan., Ep. Enc., cap. III; Hist. ar., cap. LXX y sig.

San Basilio.

71. Temblores de tierra, frecuentes inundaciones, la invasión de los godos y la elevacion de Procopio, desolaron más y más el reinado de Valente y produjeron en várias partes alguna tregua en la persecucion de los católicos. Hacia el 370 la tiranía tomó tales proporciones, que ochenta sacerdotes católicos de Nicomedia, por haber rogado al Emperador que usase de alguna moderacion, fueron arrojados á una embarcacion vieja y condenados á morir allí entre las llamas. Habiendo muerto Eudoxio en este mismo tiempo, Evagrió fué elegido por los católicos de Bizancio y consagrado por Eustato de Antioquia, que permanecía oculto entre ellos; los arrianos, influidos por Doroteo de Hieraclea, nombraron á Demófilo de Berce. Valente hizo arrojar de Constantinopla á Evagrió y Eustato, maltrató á sus partidarios y confirmó el nombramiento de Demófilo.

La Silla de Cesárea, en el Ponto, fué ocupada por San Basilio el Grande, que desplegó infatigable celo en favor de la fe católica, y resistió á las seducciones, así como á las amenazas del prefecto Modesto y del Emperador mismo, á quien infundia respeto y profunda admiracion (372). También San Basilio solicitó auxilio y proteccion de los occidentales. Despues de haber deliberado con Atanasio y Melecio, envió al diácono Doroteo á Roma con el encargo de rogar al papa Dámaso que enviase, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, legados á Oriente, á fin de reunir á los disidentes y atraer á los perturbadores

de la paz. El Papa le envió desde luego al diácono Sabino con una carta en que estimulaba su valor; pero Basilio solicitó en seguida que enviase muchos legados (372).

Como los escritos dirigidos á Roma por el sacerdote Evagrió carecían de exactitud dogmática, y el Oriente carecía de hombres capaces de llenar allí esta mision; como los caminos eran poco seguros; y, en fin, el asunto de Melecio de Antioquia era apreciado en Roma de distinta manera, las deliberaciones se siguieron lánguidamente. El arzobispo de Capadocia, ora tendía al desfallecimiento y la desesperacion, ora lleno de confianza se inclinaba del lado de los occidentales, esperando de ellos médicos para curar á los enfermos y maestros para instruir á los ignorantes.

Los decretos de los Concilios celebrados en Roma bajo el papa Dámaso fueron conocidos tarde en Oriente, donde gemían todos bajo la más cruel tiranía. Pedro, sucesor legitimo de San Atanasio, tuvo que huir como un mendigo á Roma, donde fué recibido con los brazos abiertos. Sus sacerdotes estaban reducidos á la miseria, y todos los que manifestaban compasion hacia ellos eran azotados con varas sin distincion de edad ni sexo. El arriano Lucio ocupó la silla de Alejandría, pero fué expulsado en seguida por el pueblo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 71.

Basil., Ep. LXXIX, LXXX, CXXVIII, n. 2; Naz., Or. XLIII, n. 44-53; Nyss., lib. I contra Eunom.; Op., II, 312 y sig.; Theod., IV, 19. Negociaciones de San Basilio con Roma, Ep. LXVI-LXX, LXXXIX-XCII; CXXVIII, n. 2; CLIV, CLVI, CLXV, CLXVI; CCXIV, n. 2; CCXXXIX, n. 2; CCXLII, CCXLIII, CCLIII-CCLV, CCLXIII, CCLXVI. San Basilio toleraba la fórmula *ἕνωσις τῆς πατρῆς*, añadiendo *ἀπαρῶν ἀλλήλων* (sin distincion).

Triunfo de la fe de Nicea en Oriente.

72. La fe de Nicea alcanzaba cada dia nuevos triunfos. Tuvo excelentes defensores en los tres grandes doctores de Capadocia, San Basilio, su hermano Gregorio, obispo de Niza desde 372, y su amigo Gregorio de Nazianzo; en Anfíloco, obispo de Iconio, el himnógrafo Efrén de Siria, los antioquenos Flaviano y Diodoro, Afraates, Avito, Marciano, Abraham, Antonio, Juliano, Cirilo de Jerusalem, ántes semiarriano, Didimo de Alejandría, el ciego, á los cuales se unieron en seguida Epifanio de Salamina, Crisóstomo, etc. En Occidente, despues de la muerte de Hilario de Poitiers (366), la Iglesia halló un valeroso campeón en San Ambrosio, tan notable por el fervor de su celo como por

la pureza de su fe y el brillo de sus virtudes. Fué nombrado obispo de Milán al morir Augencio; depuesto de su silla, Valentiniano I le sostuvo en ella.

A San Ambrosio siguieron más tarde San Agustín y la escuela de éste, San Jerónimo con los Pontífices Romanos. Mientras que el dogma católico reclutaba intrépidos apologistas, los arrianos perdían sucesivamente sus principales apoyos; despues de Augencio murió Euzoio de Antioquia (376), y luégo el emperador Valente (378), que sucumbió en una batalla contra los godos. El jóven Graciano era católico; otorgó la libertad religiosa á todos los partidos, exceptuando los maniqueos, fotinianos y eunomianos. Todavía en 378 muchos semiarrianos rechazaron, en un Concilio que tuvieron en Caria, la expresion *omousios*, decidiéndose por la semejanza de naturaleza (lo mismo habia tenjdo lugar en 367); otros abrazaron resueltamente la fe católica. Ciento cuarenta y seis Obispos orientales (Setiembre de 378) suscribieron en Antioquia los decretos de un Concilio celebrado en Roma bajo el papa Dámaso. En 379 el famoso Gregorio Nacianceno fué llamado á Constantinopla sin haber ocupado la silla de Sasimo, para la cual habia sido nombrado; administró la diócesis por los católicos, y con sus magníficos sermones atrajo muchos herejes al seno de la Iglesia.

Entre tanto Graciano asociaba al Imperio al valeroso y católico Teodosio. Este publicó en Tesalónica, donde habia sido bautizado por el obispo Ascolio, el famoso edicto (28 de Febrero de 380) donde ordenaba á todos los súbditos abrazar la fe de Nicea tal como la enseñaban Dámaso en Roma y Pedro en Alejandria.

## ADICION.

Teodosio, asociado al Imperio por Graciano, manifestó en seguida su celo por la sana doctrina con la ley célebre que dirigió al pueblo de Constantinopla:

« Imperatores Gratianus, Valentinianus et Theodosius AAA. ad populum urbis Cp. cunctos populus, quos clementia nostrae regit imperium, in tali volumus religione versari, quam divum Petrum apostolum tradidisse Romanis religio usque adhuc ab ipso insinuat declarat, quamque pontificem Damasum sequi clarat, et Petrum Alexandriae episcopum, virum apostolicae sanctitatis: hoc est, ut secundum apostolicam evangelicamque doctrinam, Patris et Filii et Spiritus sancti unam deitatem sub pari maiestate et sub pia trinitate credamus.

Hanc legem sequentes christianorum catholicorum nomen iubeamus amplecti; reliquos vero dementes vesanosque iudicantes haeretici dogmatis infamiam sustinere, divina primam vindicta, post etiam motus nostri, quem ex coelesti arbitrio sumpserimus, ultione plectendos. Datum 3 kal. mart. Thess. Gratiano A. V. et Theodosio A. I. coff. » (Lib. II *De fide cathol.*, *Cod. Theod.*)

Para que no se crea que estas leyes, dirigidas á todo el Imperio y aceptadas en

toda la Iglesia, miraban precisamente á la persona de Dámaso, y no á su carácter de Pontífice Romano y el privilegio de su Silla, véase el testimonio que da San Jerónimo, el cual vivía en este tiempo, de la autoridad que pertenece á la Sede Apostólica, para fijar y confirmar á los fieles en la fe:

« Quoniam vetusto Oriens inter se populorum furore collisus, indiscissam Domini tunicam, et desuper textam, minutatim per frusta discepiit... ut difficile ubi fons signatus et hortus ille conclusus sit, possit intelligi: ideo mihi cathedram Petri, et fidem apostolice ore laudatam censui consulendam; inde nunc me ante postulas cibum, unde olim Christi testamentum suscepi. Neque vero tanta vastitas clementi liquentis, et interjacentis longitudo terrarum me a pretiosae margaritae potuit inquisitione prohibere.

Ubi cumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilae. Profigato a sobole mala patrimonio, apud vos solos incorrupta patrum servatur haereditas, etc. Nunc in Occidente sol justitiae oritur: in Oriente autem Lucifer ille, qui ceciderat, supra sidera posuit thronum suum. Vos estis lux mundi; vos sal terrae; vos aurea vasa et argentea: hic testacea vasa, vel lignea, virgam ferream et aeternum operient incendium. » (S. Hieron., *Epist.* LXXI.)

En 14 de Noviembre de 380 hizo Teodosio su entrada en Constantinopla, en la que dominaban los arrianos hacia cuarenta años. Estos no se reservaron más que una iglesia situada delante de las puertas de la ciudad; las demás volvieron á poder de los católicos, y Demófilo se vió precisado á huir. Varias leyes publicadas posteriormente robustecieron la posesion y los derechos de la Iglesia, prohibiendo al mismo tiempo las asambleas religiosas de los herejes. De modo que el arrianismo fué abolido en Oriente por los mismos medios con que hasta entónces habia logrado subsistir, esto es, por la fuerza.

## OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 72.

Basil., Op., ed. Garnier, Par., 1721 y sig.; Migne, Patr. gr., t. XXIX-XXXII; Tillemont, Mémoires, t. IX; Feisser, De vita Basil. M., Groning., 1828; Klose, Basil. d. Gr., Stralsund, 1835; Greg. Nyss., Op., edit. Morelli, Paris, 1815, in-fol., t. II, ap. ed. Gretser, Paris, 1613; Migne, t. XLIV-XLVI; Rupp, Greg. v. Nyssa, Leipzig, 1834; Greg. Naz., Op., ed. Clémencet, t. I, Par., 1778; t. II, ed. 1840; Migne, t. XXXV-XXXVIII; Ullmann, Greg. v. Naz., Darmstadt, 1825. Mi obra (más arriba § 42). Amphil. Icon., Migne, t. XXXIX, init.; Ephrem. Syr. (muerto despues de 379); Op., ed. P. B. y Steph.; Assemani, Rom., 1732 y sig., in-fol., t. VI; Zingerle, Ausgewählte Schriften des hl. Ephrem, Innsbruck, 1832 y sig., 6 vol.; G. Biehell, S. Ephr. Syr. carmina Nisib., Lips., 1806. Otros antiguos en Theod., IV, 26-28; Cyrill. Hier. (muerto en 386), Catecheses (23), Ep. ad Const., Op., ed. Toultée, in-fol., Paris, 1720; ed. Reischl, Monach., 1848; Migne, t. XXXIII; Didym. Al., muerto en 394, Op., ed. Migne, t. XXXIX; Lib. de Spiritu sancto, Op., Hier., II, 107 y sig., ed. Vall; Libri De Trin., ed. Mingarelli, Bonon., 1769; Expos. vii ep. can., etc.; Lücke, Quaestiones ac vindiciae Didymianae, Gotting. 1829 y sig., in-4.º; Epiph., ed. Petav., Paris, 1622; ed. Eherl, Berol.,

1850 y sig.; Migne, t. XLI-XLIII; Chrys., Hom. contra Anom., etc.; Fessler, Patrol., II, p. 89; Hilar., Op., ed. Constant, Paris, 1693, in-fol.; Auct. Scip. Maffei, 1720, in-fol., 2 vol.; Migne, Patr. lat., t. IX-X; Ambros., Op., ed. Du Frische et Nic. El Nourry, Par., 1686 y sig.; Migne, t. XV-XVII. San Agustín escribió contra los arrianos muchas cartas y discursos, y despues: Collatio cum Maximino arianorum ep., et Libri II e. eum. d. 428, y su gran obra De Trinitate (principiada en 400 y terminada el año 419, en quince libros). A San Agustín se refieren Fulgencio de Ruspe y el diácono Ferrando (Ep. ad arian.; Mai, Nov. Coll., III, II, p. 169-184). Entre los latinos es preciso nombrar aún á Febado de Agen (Lib. Cont. ar., cap. CCLVIII), Zenon de Verona (muerto en 380, Sermones), C. Mario Victorino (cuatro libros De Trin. contra Candidum arianum, — De generat. Verbi divini, — De hominibus recipiendo). Edictos de Graciano y Teodosio, Soer., V, 2, 7; Soz., VII, 1, 5; Theod., V, 1; Cod. Theod., XVI, 1, 2, 3; v. 5. Concilios de 378, Soer., V, 4; Soz., VI, 2; Mansi, III, 461 y sig., 511 y sig.; Hefelé, p. 714, 718; Constant, Epist. rom. pont., p. 489 y sig.; Merenda, Admon. in Damas., Ep. IV; Theod., V, 11; Gregor. v. Naz. in Epl.; Ullmann, op. cit., p. 155 y sig., 160 y sig. Mi obra Photius, I, p. 18-20.

#### Últimos arrianos y sus partidarios.

73. Los arrianos, sin embargo, aunque debilitados y divididos, se sostuvieron hasta el siglo VI. Los eudoxianos ó arrianos propiamente dichos habian caído al mismo tiempo que los eunomianos; éstos dieron origen á los eunomoteofronianos, llamados así de su fundador Teofronio; despues á los eunomoteuquianos, que tomaron el nombre de un tal Eutiquio de Constantinopla, el cual aseguraba que el Hijo de Dios ignoraba la hora del juicio<sup>1</sup>. Despues de la muerte de Demófilo (386), el eudoxiano Máximo de Tracia obtuvo la silla arriana de la ciudad imperial, y entró en disputa con Doroteo de Antioquia sobre si Dios podía ser llamado Padre ántes de que el Hijo subsistiese. Los marinistas, llamados tambien psathyrianos, del nombre de Teoctisto de Psathyropolis, su principal jefe, sostenian la afirmativa; los parciales de Doroteo la negativa. La discordia estalló igualmente entre los marinistas. Agapio, á quien Marino habia consagrado Obispo arriano de Efeso, se separó de él. Bajo Teodosio II se prohibió mencionar las controversias que habian dividido á los marinistas y los sectarios de Doroteo; se logró reconciliarlos en la capital, mientras que fuera de ella los partidos permanecieron separados.

Las filas de los arrianos iban aclarándose de día en día; los sucesores de Barbas ó Bardas, que en 407 habia sucedido á Máximo en la silla de Bizancio, cayeron en el más completo olvido. Bajo Atanasio (muerto

<sup>1</sup> Marc., XIII, 32.

to en 548), habiendo administrado el bautismo el Obispo arriano Deuterio «en nombre del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo», se dijo que la pila bautismal se habia secado de repente. En realidad, los arrianos orientales habian perdido ya toda su influencia; subsistian como sociedad secreta, y concluyeron por desaparecer sin dejar huella.

#### OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 73.

Soer., V, 23 y sig.; VII, 6; Soz., VII, 14, 17; Philostorg., XII, 11; Theod., Haer. fab., IV, 4; Niceph., XIV, 13, 17; Theod. Lect., lib. II, p. 562, ed. Vales; Theophan., p. 234, ed. Bonn.; Le Quien, Or. chr., I, 214 y sig.

#### El arrianismo en Occidente.

74. En Milán, hácia el 385, los arrianos levantaron de nuevo audazmente la cabeza. La emperatriz Justina, madre de Valentiniano II, intentó inculcar á su hijo la doctrina arriana, procurar iglesias á sus adeptos, entre los cuales figuraban los jefes de las tropas auxiliares suministradas por los godos, y reanimar á la secta. Sus esfuerzos fracasaron ante la firmeza del obispo San Ambrosio. Si éste hubiera cedido, aunque sólo hubiese sido sobre un punto, si hubiese dado una sola de sus iglesias, los arrianos habrían llevado siempre más lejos sus pretensiones; felizmente el santo Obispo fué inquebrantable. Justina hizo nombrar Obispo arriano de Milán á Augencio; pero éste no consiguió adquirir ni una sola iglesia. A los que pretendían que el Emperador podía disponer de todo en su Imperio, San Ambrosio respondia: «Las iglesias han sido confiadas al Obispo, y no al Emperador; la púrpura hace al Emperador, pero no al Obispo.» La resistencia pasiva del Santo Prelado triunfó.

En 387 la invasion del usurpador Máximo obligó á Justina á implorar el auxilio del Pontifice, y el mismo Valentiniano hubo de refugiarse en la corte de Teodosio. La madre murió durante su fuga. San Ambrosio, despues de haber sometido á penitencia al poderoso Teodosio, culpable de la matanza de Tesalónica, gobernó en paz su iglesia hasta el fin de sus dias (397).

Vencido, despojado de su poderío en la poblacion indigena de ambos imperios de Oriente y Occidente, el arrianismo buscó un refugio en las naciones germánicas, que inundaban á Italia, Galia, España y Africa. Estos pueblos, si se exceptúa á los suevos, visigodos y vándalos, se mostraron por lo general tolerantes con los católicos, siéndolo especialmente los ostrogodos. En el siglo VI casi todos entraron definitivamente